

Argentina: ¿Víctima o Colaboradora de su Propia Crisis? Un Desenmascaramiento Crítico
2001 - 2019.

Sergio Esparza (UNLZ; DET y DES, Ministerio de Educación, GCABA)

sergio.esparza1991@gmail.com

Introducción.

En una revisión retrospectiva – y ajena al alcance de la presente propuesta por su extensión temporal – existieron al interior de la dinámica económica argentina de los últimos 30 años dos modelos cuyo objetivo consistió en relanzar la acumulación de capital. Ambos fracasaron porque atendieron a casuales secundarios e incluso terciarios del *problema* argentino. La convertibilidad y la posconvertibilidad existieron en tanto y cuanto se adoptaron políticas económicas desde el Estado en función, primordial, de fijar el precio de la divisa estadounidense y limitar las intervenciones en la política monetaria, entre otros – e importantes – aristas. El fin de la experiencia estuvo marcado por una crisis que ha encumbrado las condiciones actuales de forma más recurrentes de la estructura económica del país. Explicar el quiebre de Argentina – entendida como tal, a la organización nacional que desarrolló el capitalismo a mediados del siglo XIX – y por consiguiente identificar el *problema* argentino, surge de poder explicar los procesos cualitativos y cuantitativos de acumulación de capital al interior de la economía mundial a lo largo del periodo. Dar cuenta de dicho quiebre – por su extensión temporal y solo suspendida espacial y temporalmente – implica un análisis de mayor a los 80 años. La propuesta se reduce a análisis del último periodo – entre los años 2001 al 2019, puesto que las contracciones económicas del mismo alcanzaron dimensiones exponenciales.

El fin de la convertibilidad (2001) propició el fin del patrón de acumulación de capital vigente desde 1991; el periodo histórico subsiguiente inauguró uno nuevo, cuyo elemento central y articulador de las relaciones económicas se encontró basado en el precio de la divisa estadounidense: durante el período de crecimiento, el tipo de cambio real se encontró sobrevaluado, creando – de forma artificial – un entorno de mayor competitividad. Esto último, aparte de servir a la consolidación de reservas internacionales, sustentó un proteccionismo *de facto* a la producción nacional por el encarecimiento de las importaciones y el abaratamiento de la fuerza de trabajo en el mercado externo, generando un margen exportable pero deficitario en el sector. Por lo ante dicho, se rechaza la tesis de la (re) industrialización acaecida durante el periodo de la posconvertibilidad. Si bien la información cuantitativa disponible apoyaría dicha tesis, la capacidad de ganar mercado mundial de las Manufacturas de Origen Industrial (MOI)

se estructuró en imperativos sustitutivos del sector industrial en el sector agroexportador sin intervención de las particularidades de la producción de valor del trabajo en Argentina.

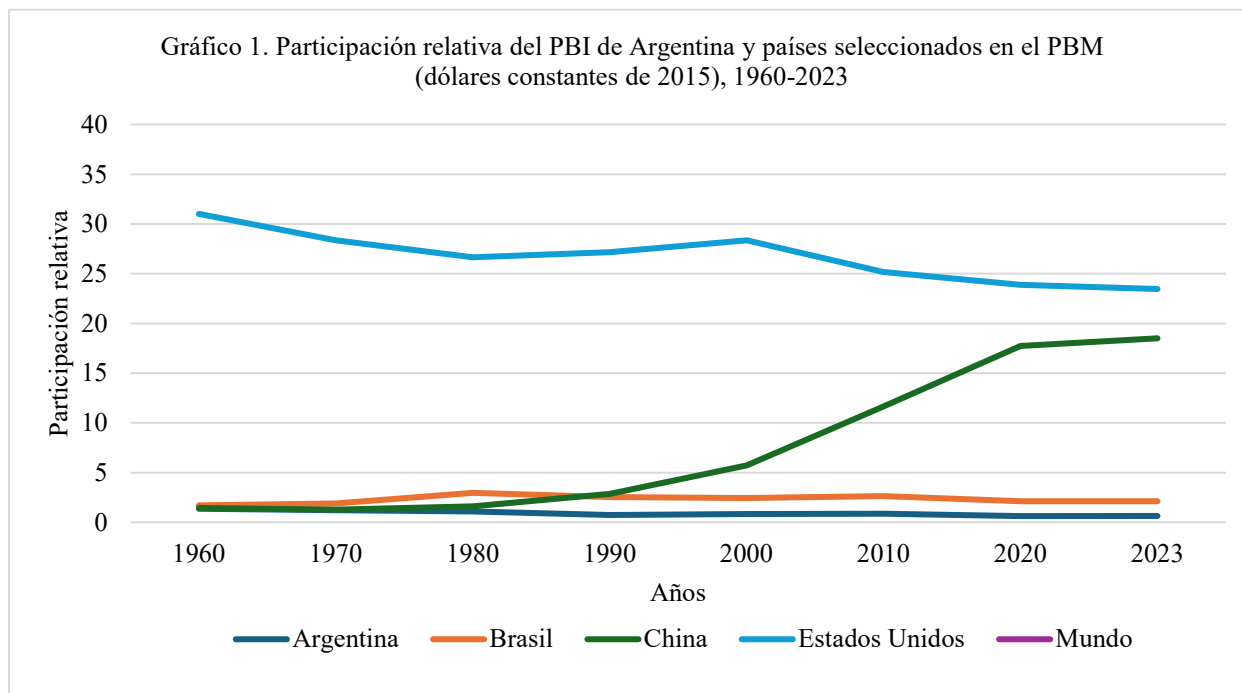
Capítulo 1. Planteo Teórico

El concepto de desarrollo, examinado a través de un espectro de autores y perspectivas, se revela como un proceso no lineal de transformación y reconfiguración impulsado por las dinámicas propias del capitalismo. Este proceso se caracteriza por su naturaleza contradictoria y cíclica, distante de cualquier visión homogénea o unidireccional del progreso – ingenuamente asociado a desarrollo. Bajo la perspectiva capitalista, el desarrollo no constituye una secuencia ininterrumpida de avances, sino una sucesión de crisis que, si bien impulsan transformaciones, también reconfiguran de manera recurrente las relaciones sociales y territoriales (Freeman, C. y Pérez, C., 1988). Las crisis no solo catalizan innovaciones y cambios en la configuración del espacio geográfico, sino que también exacerbaban disparidades profundas en la distribución de la riqueza y en la ordenación del espacio, perpetuando así un ciclo de conflictos que surgen en respuesta a las exigencias de la acumulación de capital, según apunta Harvey (2014: 149-165) en su análisis.

El Producto Bruto Interno (PBI) de una nación puede experimentar un incremento como resultado directo de innovaciones tecnológicas, la expansión de infraestructuras, o la explotación intensiva de recursos. No obstante, estas mismas fuerzas motrices, lejos de ser exclusivamente beneficiosas, también producen disparidades significativas. Mientras que en ciertas regiones o países el PBI muestra un crecimiento sostenido, en otras latitudes se observa un estancamiento o incluso un declive. Esto se debe a que el capital, en su búsqueda constante de maximizar la rentabilidad, tiende a desplazarse hacia aquellos territorios que ofrecen mayores ventajas en términos de productividad y eficiencia, dejando a su paso zonas que no logran competir en igualdad de condiciones.

El desarrollo capitalista, así entendido, no es uniforme ni equitativo; es un proceso que reconfigura el espacio global de manera desigual, perpetuando disparidades en la distribución de riqueza y oportunidades. En consecuencia, la participación relativa de las economías en el PBI global no solo refleja el crecimiento o retroceso de estas, sino las tensiones y desigualdades estructurales propias de este modelo. Algunas economías, adaptándose a las exigencias del capital, logran incrementar su participación en el PBI mundial, mientras que otras se ven relegadas, generando un mapa económico internacional en permanente transformación y conflicto.

La economía argentina ilustra esta dinámica con particular claridad. Desde mediados del siglo XX, su participación relativa en el PBI global ha venido disminuyendo, lo cual se relaciona con



una serie de crisis recurrentes, alta inflación y políticas que, lejos de revertir estas tendencias, las profundizan. El gráfico 1 pone de manifiesto la naturaleza desigual y contradictoria del

Fuente: Elaboración propia en base a Banco Mundial

desarrollo capitalista contemporáneo: mientras China, desde las reformas de los años 80, se posiciona como un ejemplo de crecimiento acelerado que le ha permitido ganar presencia en el PBI global; Estados Unidos, si bien sigue siendo un actor dominante, ha experimentado una declinación gradual en su hegemonía económica, dando lugar al ascenso de nuevas economías emergentes que exploran nuevas fronteras de crecimiento (Esparza, 2024: 5). En América Latina, Brasil aparece como una economía clave, pero su participación en el PBI global se mantiene estable y comparativamente baja, mientras que Argentina se estanca, evidenciando las limitaciones estructurales de las economías periféricas en el sistema capitalista global. Estas economías enfrentan restricciones internas y contradicciones estructurales que dificultan, o incluso impiden, un desarrollo sostenido y equitativo, y que, en última instancia, perpetúan la desigualdad que caracteriza al capitalismo en su fase actual.

La inserción de las economías nacionales en el mercado global se articula a través de los tipos de cambio, entendidos como la relación de intercambio entre las monedas de distintos países. El tipo de cambio, en este marco, se convierte en una variable fundamental para la acumulación de capital a escala internacional, pues su fluctuación refleja no solo las condiciones económicas internas de cada nación, sino también las dinámicas de poder que configuran el sistema

económico global. Anwar Shaikh, en un esfuerzo por revitalizar la discusión teórica desde una perspectiva crítica, sostiene que el tipo de cambio no se limita a ser una simple medida de intercambio, sino que encapsula las diferencias en productividad y salarios reales entre países, al tiempo que exponen las tensiones estructurales y coyunturales que afectan a la economía global.

Shaikh propone que el tipo de cambio actúa como una expresión condensada de las relaciones económicas internacionales, revelando desequilibrios no solo económicos, sino también de poder y capacidad de negociación entre las naciones. En las economías avanzadas, el tipo de cambio suele ajustarse para reflejar, con cierto grado de eficiencia, la competitividad fundamentada en la productividad y en los niveles salariales. Sin embargo, en las economías periféricas, este mecanismo se encuentra frecuentemente distorsionado por la intervención estatal, las políticas monetarias y fiscales, y la influencia desmedida de los flujos de capital internacional, que imponen limitaciones a la autonomía.

Así, el tipo de cambio opera como un canal mediante el cual se transfiere valor desde las economías periféricas hacia las centrales (Taylor, 1994: 17) un fenómeno que se identifica como resultado de la sobrevaluación o devaluación inducida de las monedas periféricas. Este proceso tiene consecuencias directas sobre la capacidad de estas economías para competir en el mercado global, ya que, en teoría, una moneda subvaluada podría ofrecer ventajas en términos de exportaciones más competitivas; no obstante, tales ventajas se ven a menudo neutralizadas por el encarecimiento de las importaciones y la fuga de capitales hacia mercados percibidos como más estables. Las fluctuaciones en el tipo de cambio, así como los intentos de los gobiernos por manipular estas tasas para favorecer ciertos sectores económicos o mitigar problemas internos —como la inflación o el desempleo—, generan un impacto significativo en la distribución de la riqueza y la acumulación de capital. Lejos de ser un fenómeno neutral, estas intervenciones pueden desencadenar ciclos de aumento y crisis que afectan de manera desigual a las clases trabajadoras en los distintos contextos nacionales.

La industrialización, entendida como un proceso de transformación estructural y social, conlleva la subordinación del trabajo al capital, un fenómeno que se manifiesta no solo en la expansión de las capacidades productivas, sino también en la reconfiguración de las relaciones sociales de producción (Sarteli, 2001: 4- 8). Este proceso, que parece técnico en su superficie, es en realidad un campo de tensiones económicas y políticas que trasciende lo meramente económico.

Anwar Shaikh (1990, 2009 y 2023) señala que la productividad debe interpretarse en su contexto histórico y estructural; no puede aislarse como un mero indicador técnico. Según su planteo, en las economías periféricas, la productividad está íntimamente ligada a la capacidad de integrarse en las cadenas globales de valor y de acceder a las tecnologías dominadas por las economías centrales. En este sentido, la productividad no se presenta solo como un dato técnico, sino como un reflejo de las tensiones y desigualdades que estructuran las relaciones entre economías desarrolladas y aquellas que ocupan posiciones subordinadas en la jerarquía global. La industrialización, desde esta perspectiva, se erige como un esfuerzo por aumentar la productividad mediante la adopción de tecnologías avanzadas y la expansión de la gran industria. Sin embargo, en las economías periféricas, este proceso se encuentra limitado por la dependencia estructural de insumos y maquinaria provenientes de las economías centrales, lo cual restringe las posibilidades de sostener un crecimiento autónomo y de lograr una mejora constante en la productividad. El esfuerzo por mecanizar y automatizar el trabajo, que en las economías centrales permite abaratar costos y aumentar la eficiencia, se convierte en un obstáculo estructural para las economías periféricas, las cuales dependen de factores externos para la implementación de dichas tecnologías.

Shaikh (2023) subraya que la importancia de la productividad no solo radica en su influencia sobre la competitividad internacional, sino también en su impacto sobre las relaciones de poder internas de cada economía. En las economías industrialmente avanzadas, un aumento sostenido en la productividad contribuye a la reducción de los costos laborales y genera un excedente que puede reinvertirse, consolidando así un ciclo virtuoso y sostenible de acumulación de capital. En contraste, en las economías periféricas, debido a su estructura desigual y dependiente, los incrementos en productividad tienden a ser insuficientes para superar las limitaciones impuestas por el sistema global, perpetuando una situación de dependencia.

Capítulo 2. De la falsa (re) industrialización a la dependencia eterna de los factores compensatorios de la economía nacional.

El período que se inaugura tras la crisis de diciembre de 2001 ha sido bautizado de múltiples maneras, en un intento por capturar la naturaleza distintiva de un gobierno peronista que, bajo la bandera del kirchnerismo, se presenta como una refundación de las dinámicas internas del país. El impacto del colapso de 2001 y los turbulentos meses de 2002 reconfiguraron la estructura política, creando un escenario en el cual distintas facciones de la burguesía encontraron en el peronismo renovado una vía para evitar una ruptura en el régimen de dominación. La hegemonía capitalista, condicionada por las nuevas exigencias de contención

social, se vio obligada a adaptarse mediante un conjunto de políticas de asistencia directa, subsidios indirectos y, en última instancia, represión hacia los sectores irreductibles que se encumbraron en el periodo previo a diciembre 2001.

Este nuevo período se apoyó no tanto en logros estructurales propios como en el legado de transformaciones productivas de la década del noventa y en el contexto internacional favorable de altos precios de los *commodities*. Agotadas las herramientas compensadoras, la crisis reapareció de manera inexorable, revelando las limitaciones de un modelo que dependía más de circunstancias externas que de una sólida base económica. La economía argentina, caracterizada por una producción atomizada, se mantuvo ajena a los monopolios que dominan en otros contextos, mostrando una estructura fragmentada y altamente vulnerable.

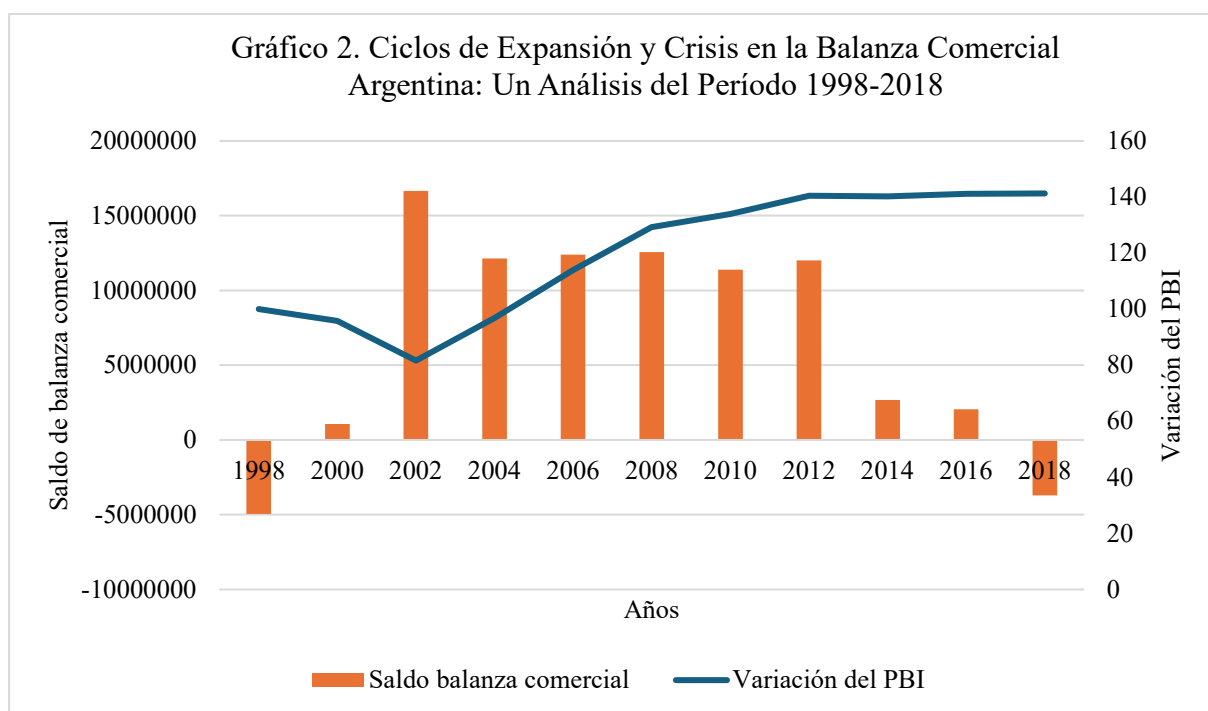
Si bien es cierto que surgieron nuevos rasgos y patrones de acumulación, estos se construyeron sobre las transformaciones de la etapa anterior. Las políticas implementadas por el gobierno peronista de Menem posibilitaron a diversos grupos económicos relanzar sus procesos de acumulación de capital, y el crecimiento que experimentó la economía durante esa década no se basó exclusivamente en la valorización financiera. Así, al analizar este nuevo ciclo, resulta evidente que la supuesta ruptura con el pasado no fue tan radical como algunos pretenden ver: ni la década del noventa se caracterizó exclusivamente por la hegemonía financiera, ni el nuevo período kirchnerista representó, incluso desde los parámetros más progresistas del peronismo, una transformación estructural de la economía.

¿Un nuevo ciclo histórico? Para caracterizar el período iniciado tras la crisis de 2001, es necesario revisar no solo el período inmediatamente anterior —la década del noventa—, sino también las últimas siete décadas (Esparza, 2024). El rol social, político y económico de la Pequeña y Mediana Empresa (PyME) en Argentina revela una continuidad en las políticas de desarrollo y, en cierto sentido, de proteccionismo hacia aquellos capitalistas que emplean a la clase trabajadora. Ni el Consenso de Washington dominó plenamente los años noventa, ni el 25 de mayo de 2003 marcó el surgimiento de un proyecto genuinamente nacional. El período de 2002 a 2019, lejos de representar un quiebre definitivo con el pasado, se define como un intento por reconstruir a partir de los restos del modelo de convertibilidad, retornando a políticas de tipo de cambio competitivo y proteccionismo que evocan la era de industrialización. por sustitución de importaciones, léase el periodo comprendido entre 1943 - 1975.

Sin embargo, la continuidad de la dependencia estructural de factores externos, la limitada productividad y la vulnerabilidad a las fluctuaciones del mercado global ponen de manifiesto que, pese a los ajustes en las políticas, la economía argentina sigue atrapada en una trayectoria

marcada por los límites de su estructura económica. A lo largo de este período, las políticas de crecimiento han intentado —sin lograrlo plenamente— superar las restricciones impuestas por la inserción dependiente de Argentina en el mercado mundial, subrayando así las contradicciones propias de un modelo que no termina de desprenderse de las ataduras históricas que han moldeado – y limitado – su desarrollo.

El análisis de la evolución de la balanza comercial argentina entre 1998 y 2018 (gráfico 2), junto con la variación anual del tipo de cambio y el desempeño del sector de Mercancías de Origen Industrial (MOI), ofrece una ventana a los desafíos estructurales que enfrenta el país en términos de competitividad industrial y su dependencia de factores externos. A lo largo de estas dos décadas, los cambios en las políticas económicas y las fluctuaciones del tipo de cambio han tenido efectos desiguales sobre la balanza comercial, subrayando la dificultad de la economía argentina para sostener un crecimiento industrial autónomo en su condición de economía periférica.



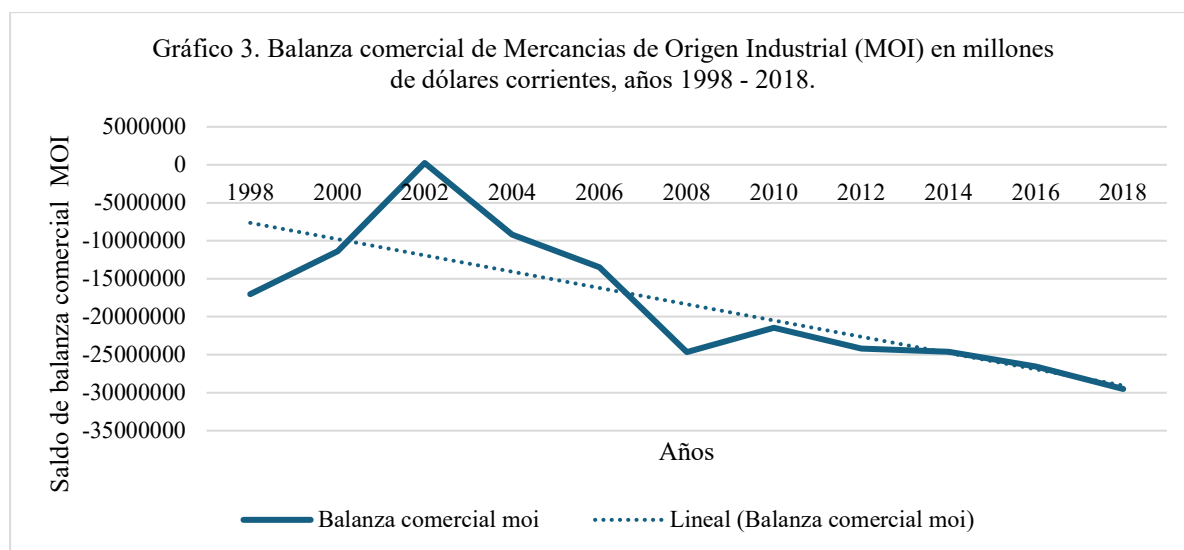
Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y Ministerio de Economía.

En los últimos años de la convertibilidad (1998-2001), el peso argentino, anclado en una paridad con el dólar, generó una balanza comercial deficitaria. La competencia de los productos importados socavó las bases de la industria nacional, incapaz de igualar precios bajo un régimen de sobrevaluación cambiaria. Este modelo, que mantenía a raya la inflación y permitía un fácil acceso al financiamiento externo, minó las posibilidades de desarrollo industrial, y su insostenibilidad se hizo evidente en la crisis de 2001-2002. Con la devaluación del peso en

2002, la balanza comercial experimentó un ajuste inmediato: la caída de las importaciones y el repunte de las exportaciones reflejaron el cambio hacia un tipo de cambio competitivo, favoreciendo a los sectores exportadores tradicionales, principalmente productos básicos.

Durante la etapa de reactivación económica (2003-2012), marcada por un tipo de cambio sobrevaluado y políticas de apoyo, la balanza comercial se mantuvo un superávit, impulsada por el crecimiento de las exportaciones de productos primarios y *commodities* en un contexto de precios internacionales favorables. Sin embargo, el saldo en el sector de MOI (Gráfico 3) siguió mostrando un déficit persistente, una señal clara de la incapacidad de Argentina para sustituir de manera efectiva las importaciones de bienes industriales. A pesar del impulso inicial de la devaluación, este déficit estructural en el MOI revelaba una industrialización incompleta y una dependencia sostenida de insumos y tecnologías importadas. La experiencia argentina, en este sentido, parece confirmarle a Anwar Shaikh: sin mejoras significativas en productividad y diversificación estructural, las economías periféricas difícilmente logran sostener una competitividad estable en los sectores industriales de mayor complejidad.

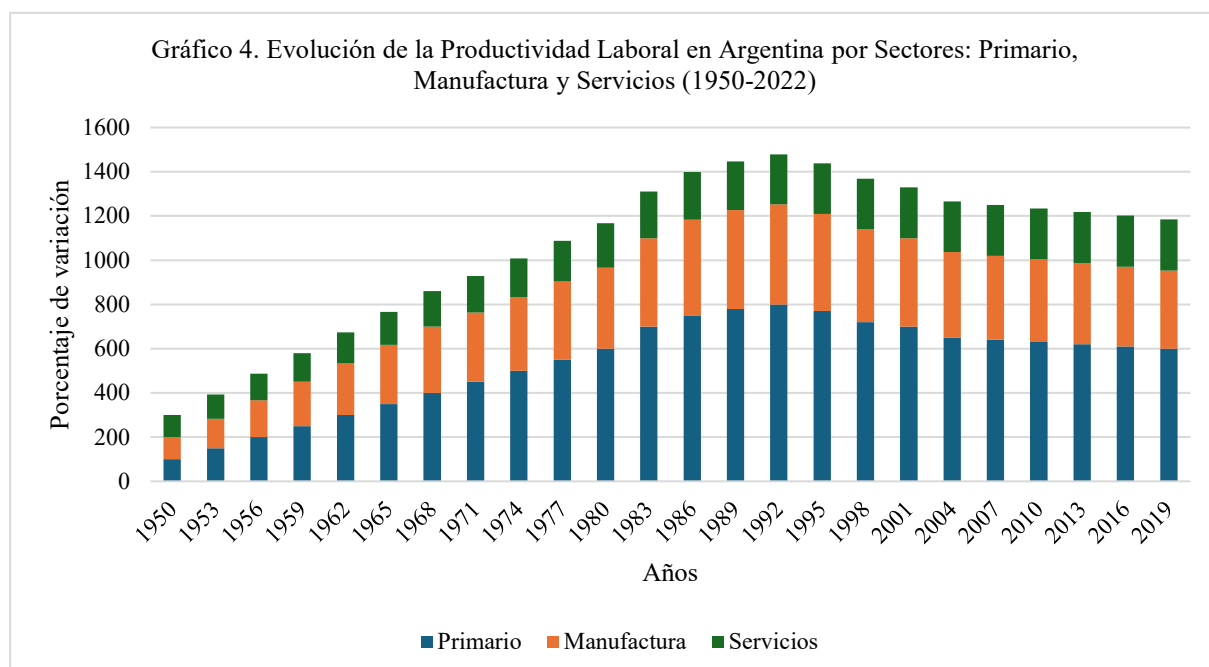
A partir de 2013, la balanza comercial mostró signos de estancamiento, y el déficit del sector MOI no solo persistió, sino que se profundizó en algunos años. La caída de los precios de las materias primas y el enfriamiento de la demanda internacional pusieron fin al superávit comercial, mientras que la falta de una base industrial sólida impidió cualquier intento serio de reducir la dependencia de las importaciones de bienes de capital y tecnología. La estrategia de mantener un tipo de cambio alto mostró sus límites: sin un aumento en la productividad y la competitividad en sectores de mayor valor agregado, la economía argentina enfrentó dificultades crecientes para sostener su superávit y reducir su vulnerabilidad estructural frente a las importaciones industriales.



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC y Ministerio de Economía.

En el último período considerado (2015-2018), la economía argentina recurrió nuevamente al endeudamiento externo y a políticas de ajuste fiscal en un intento de corregir los desequilibrios comerciales. No obstante, el déficit en el sector MOI persistió, evidenciando la continuidad de los problemas estructurales. La falta de competitividad de la industria local y la dependencia de bienes importados en sectores estratégicos subrayan la posición de una economía atrapada en ciclos de ajuste y expansión, incapaz de alcanzar una transformación productiva que facilite un desarrollo autosustentable. Esta secuencia histórica refuerza la idea de una economía argentina que, pese a los cambios en políticas y circunstancias, sigue atrapada en una estructura económica cuyo carácter periférico y dependiente le impone límites rígidos a sus aspiraciones de autonomía y desarrollo.

El análisis del gráfico 4 revela contrastes profundos en la evolución de la productividad laboral en Argentina entre los sectores primario, manufacturero y de servicios. Desde la década de los noventa, el sector primario se ha destacado como el principal motor de crecimiento, impulsado en gran medida por la expansión de las exportaciones agrícolas. Este auge, sin embargo, debe interpretarse en su contexto: responder a la demanda externa de productos básicos, una dinámica que, si bien fortalece la balanza comercial, refuerza la dependencia estructural de la economía argentina de los ciclos internacionales de los commodities.



Fuente: Elaboración propia en base a Organización Internacional de Trabajo (OIT).

Por otro lado, el sector manufacturero presenta un crecimiento moderado y marcado por fluctuaciones, evidenciando los desafíos estructurales que enfrenta la industria nacional. La

falta de inversión sostenida, sumada a políticas industriales de corto alcance, ha dificultado la consolidación de un sector fabricante competitivo. Esta inestabilidad no es fortuita, sino que refleja los problemas de fondo que enfrenta una economía periférica que no logra integrar los beneficios de la innovación y el avance tecnológico de manera efectiva.

El sector servicios, en tanto, muestra una productividad relativamente baja y estable, destacándose como el menos dinámico de los tres. La limitada adopción de tecnología y la baja competitividad en el mercado global podrían explicar esta situación, que contrasta con el dinamismo del sector primario. En este sentido, mientras el sector agrícola se beneficia de la demanda externa, los sectores de manufactura y servicios parecen atrapados en una estructura que restringe sus posibilidades de expansión y mejora en términos de productividad.

En conjunto, estos patrones subrayan la dependencia de la economía argentina en el sector primario, mientras que los sectores manufactureros y de servicios no logran sostener un crecimiento equivalente. Este contraste, lejos de ser una mera disparidad sectorial, exponen la necesidad urgente de políticas que impulsen la innovación y la eficiencia en la industria y los servicios, con el fin de reducir la vulnerabilidad del país frente a los vaivenes externos y avanzar hacia una diversificación económica que ofrezca un crecimiento más equilibrado y sostenible. La economía argentina ha experimentado déficits recurrentes en su balanza comercial de Mercancías de Origen Industrial (MOI) a lo largo de las últimas décadas, una constante que revela una debilidad estructural en su competitividad internacional.

Capítulo 3 e (in)conclusión: Los límites estructurales de la economía nacional o por qué el ciclo de crisis es inherente a la organización actual.

Este apartado se propone explorar la relación entre el tipo de cambio real, la productividad laboral y la estructura industrial del país. Siguiendo los fundamentos expuestos en el primer apartado, y en función del análisis de las diferencias en productividad y salarios reales, se considera que una moneda se encuentra sobrevaluada cuando su tipo de cambio real es inferior a la unidad; es decir, cuando se pierde competitividad en términos de productividad y costos laborales. Por el contrario, un tipo de cambio real superior a uno indica una moneda subvaluada, lo que implica una ventaja competitiva relativa (Shaikh, 1999).

Una moneda sobrevaluada implica que, en términos prácticos, el país mantiene una paridad artificialmente fuerte, lo cual eleva el costo de sus bienes en comparación con los de otras economías, especialmente aquellas más productivas. En sentido inverso, una moneda subvaluada refleja una posición competitiva más favorable, permitiendo que los bienes

producidos en ese país se ofrezcan a precios más bajos en el mercado internacional, estimulando las exportaciones y encareciendo las importaciones.

Para Argentina, la sobrevaluación de su tipo de cambio supone un encarecimiento de sus productos en términos relativos, dificultando la competitividad de sus exportaciones y favoreciendo la entrada de productos importados. Esta dinámica tiende a exacerbar los déficits en la balanza comercial, en especial en los sectores industriales, que enfrentan dificultades para competir en precio frente a las importaciones. Por otro lado, un tipo de cambio subvaluado podría, en teoría, otorgar una ventaja temporal, haciendo las exportaciones más accesibles y fortaleciendo la balanza comercial. No obstante, en la práctica, esta ventaja es limitada si la estructura productiva carece de la capacidad industrial para beneficiarse de dicha subvaluación sin depender de mecanismos compensatorios.

Considerando lo previo – y resultado de una aproximación interpretativa –, surge la siguiente fórmula para medir el Tipo de Cambio Real (TCR) según Shaikh (1999):

$$\text{TCR Shaikh} = \frac{\text{Salarios Reales EE. UU.} / \text{Productividad EE. UU.}}{\text{Salarios Reales Argentina} / \text{Productividad Argentina}}$$

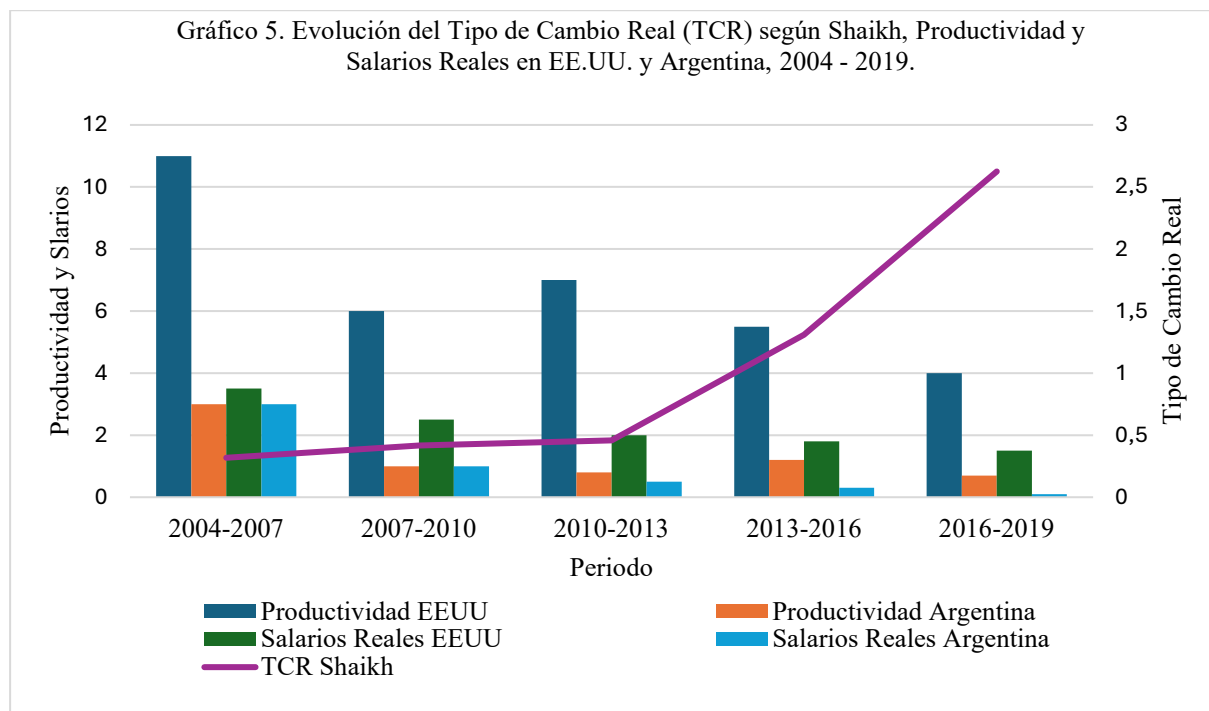
El análisis de los datos de productividad laboral y salarios reales de Argentina frente a Estados Unidos revela que, en numerosos períodos (2001-2013), la moneda argentina estuvo sobrevaluada, una situación que contribuyó a la erosión de la competitividad industrial del país. La sobrevaluación sostenida indica que el nivel de precios internos en Argentina se encontraba por encima de su capacidad productiva, lo cual limitaba las exportaciones industriales y estimulaba las importaciones. Solo entre 2013 y 2016 se observa una fase de subvaluación que coincide con un nivel de mejora en la competitividad relativa.

Tabla 1. Tipo de Cambio Real en Argentina, años 2001 – 2019.

Periodo	Productividad EE. UU.	Productividad Argentina	Salarios Reales EE. UU.	Salarios Reales Argentina	TCR Shaikh	Resultado
2001 - 2004	9.0	0.5	4.5	2.5	0,10	Sobrevaluado
2004 - 2007	11.0	3.0	3.5	3.0	0,32	Sobrevaluado
2007 - 2010	6.0	1.0	2.5	1.0	0,42	Sobrevaluado
2010 - 2013	7.0	0.8	2.0	0.5	0,46	Sobrevaluado
2013 - 2016	5.5	1.2	1.8	0.3	1,30	Subvaluado
2016 - 2019	4.0	0.7	1.5	0.1	2,62	Subvaluado

Fuente: Elaboración propia en base a Instituto Nacional de Estadísticas y Censos y Bureau of Labor Statistics de Estados Unidos.

La evolución de la productividad laboral en Argentina ha sido una de las principales barreras a su competitividad industrial. Los datos muestran un estancamiento en la productividad industrial, especialmente a partir de los años 2000. Esta baja productividad limita la capacidad de agregar valor a las exportaciones, afectando negativamente la balanza comercial de productos industriales.

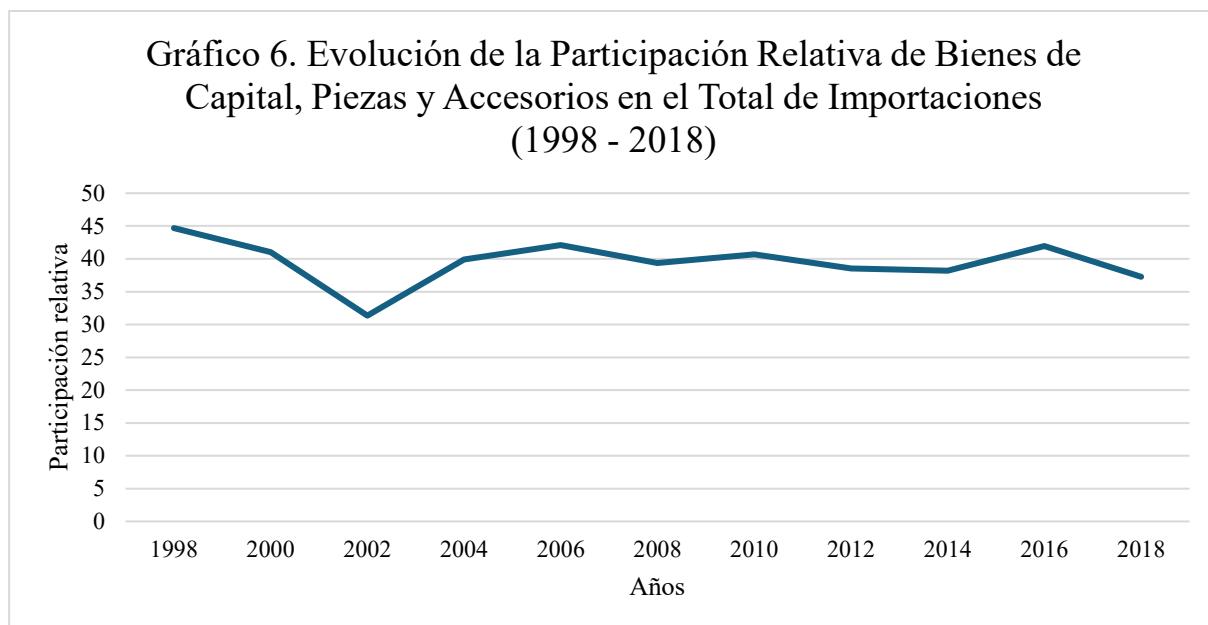


Fuente: Elaboración propia en base a Instituto Nacional de Estadísticas y Censos y Bureau of Labor Statistics de Estados Unidos

La falta de crecimiento en la productividad implica que los ajustes cambiarios, incluso durante los períodos de devaluación, resultan insuficientes para mejorar la competitividad de la industria argentina. En este contexto, la subvaluación temporal del tipo de cambio real no produce un cambio significativo en la balanza comercial, ya que la estructura productiva es incapaz de responder a la depreciación con un aumento en la producción y exportación de bienes industriales.

El análisis de la balanza comercial de MOI confirma esta interpretación. El déficit crónico en la balanza industrial expone la falta de competitividad estructural de la economía argentina, que no logra incrementar sus exportaciones industriales y depende en gran medida de las importaciones de bienes de capital y productos manufacturados. Los períodos de sobrevaluación del tipo de cambio real no hacen sino profundizar esta situación, al encarecer las exportaciones y abaratar las importaciones en términos relativos: los intentos de ajuste mediante devaluaciones del peso argentino no han logrado revertir esta tendencia de déficit comercial. a modo de (in)conclusión, la Argentina actual es la síntesis del tipo de cambio real,

la productividad y la estructura industrial convergen para perpetuar una trayectoria de desarrollo incompleto y, el desacople en términos de desarrollo (Rivera Ríos, 2023: 80 a 90), no hace más que reproducir el ciclo ocasionando una desintegración de la Argentina (capitalista). Uno de los indicadores más



críticos para entender la situación actual – de los últimos 80 años y de la recurrencia histórica – es la productividad industrial relativa. Comparada con Estados Unidos, y en menor medida con Brasil, Argentina ha mostrado un desempeño decreciente que limita su competitividad en el mercado global. Anwar Shaikh sostiene que el tipo de cambio refleja las diferencias en productividad y salarios reales entre países, y en el caso argentino, su persistente déficit en productividad no es resultado directo de implementación de medidas populistas e incluso por la maldad y egoísmo de la burguesía que llegó a encumbrar nuestro país: el resultado de una estructura de antaño que sólo reproduce sus miserias y, con ella, arrastra al conjunto de la clase obrera. Sin embargo, lo anterior dicho no podría separarse del partido político que representa dichos intereses, léase de los pequeños y medianos capitales: el peronismo. Es necesario – y convocante – en función del resguardo de clase concluir la larga luna de miel que ha generado el peronismo con la clase obrera.

Bibliografía:

Esparza, S. (2024). *El eterno ajuste capitalista o los límites de acumulación: los planos de ajuste en Argentina (1952-2023) como síntoma del desastre del desarrollo* .

Freeman, C., y Pérez, C. (1988). Crisis estructurales de ajuste: ciclos económicos y comportamiento de la inversión. En G. Dosi et al. (Eds.), *Cambio técnico y teoría económica* (pp. 38–66).

Harvey, D. (2016). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* . Traficante de Sueños.

Rivera Ríos, MA, Araujo Loredo, OD, García Veiga, J., & Lujano López, JB (2023). *El capitalismo del quinto Kondratiev: Acumulación de capital, tecnología digital y procesos socioinstitucionales* . Fondo de Cultura Económica.

Shaikh, A. (1990). *Valor, acumulación y crisis: Ensayos de economía política* . Tercer Mundo Editores.

Shaikh, A. (1999). Tipos de cambio reales y movilidad internacional del capital (Documento de trabajo n.º 265). New School University.

Shaikh, A. (2009). *Teorías del comercio internacional* . Maia Ediciones.

Shaikh, A. (2023). *Capitalismo: competencias, conflictos y crisis* . Fondo de Cultura Económica.

Taylor, P. (1994). *Geografía política: Economía-mundo, Estado-nación y localidad* . Editorial Trama.